

DICEN QUE LOS CAPUCHINOS SE VAN DE ERRETERIA

Maite Ruiz de Azua

Siempre he odiado las despedidas, por una simple razón: no sé cómo despedirme, y a estas alturas de la vida dudo mucho que aprenda a hacerlo, es más, creo que no tengo ningún interés en aplicarme a ello. Siempre me he rebelado ante esa especie de robo que es la despedida, de ese momento casi traicionero que quiere arrancarte de los sitios donde has sido feliz o se empeña en alejarte de la gente que quieres. De manera que, si puedo, evito todo tipo de despedidas.

Y todo este preámbulo viene a cuenta de la reciente noticia de que los Capuchinos dejan Erreterria, tras más de cuarenta años de permanencia entre nosotros, que se cierra el convento. Mucha gente de nuestro pueblo y en especial los vinculados a la Parroquia Nuestra Señora de Fátima hemos recibido la noticia con sorpresa y no poca incredulidad. Sorpresa porque no lo esperábamos e incredulidad porque los capuchinos forman una institución ya unida a nuestro pueblo y a la andadura particular de muchas personas.

No pretendo abarcar con este escrito los méritos o todo aquello que han impulsado a lo largo de estos años los capuchinos, porque me dejaría muchas cosas en el camino, y además porque no creo que vaya con el talante humilde de los frailes presentar aquí un inventario, cada cual sabrá dónde buscar el agradecimiento que les debe.

Yo, al menos, sí tengo mucho que agradecer, sobre todo desde que voluntariamente me enganché a su carro, siendo una pipiola de catorce años. Quizá la clave está en que fue una opción plenamente voluntaria y en que me ofrecieron más de lo que esperaba recibir y me refiero, sobre todo, a la experiencia tan grata y enriquecedora que supuso para todo el mundo el paso por el campamento. Ya sé que el "campa" no es sino una pequeña parte de toda la labor que han emprendido, pero puedo asegurar que es una experiencia inigualable, que aún hoy en día sigue dando buen resultado y que uno se alegra de tener la suerte de haber formado parte de





él. Veintitantos años después, gente ajena al “campa” y a la parroquia me ha solido preguntar qué tiene el “campa” para arrastrar a tanta gente y no sé cómo contestar, pero sé que es diferente a otro tipo de colonia. Las pautas las marcaron los frailes desde un principio, y la ilusión que tenían marcó a los monitores, y nos marcó a los chavales que años después tomaríamos el relevo y a su vez la transmitimos a las siguientes remesas de chavales, y de una manera u otra, ahí se mantiene.

Año tras año, fuimos llenando el curso escolar preparándonos para la Confirmación, formándonos como monitores, y ejerciendo como tales cada sábado con los grupos de Tiempo Libre. Se nos fueron las tardes en el Gaztedi, queriendo reorganizar la sociedad juvenil surgida en los bajos de la iglesia años atrás o ensayando para el desfile de Carnavales, y al final del curso, con gran ilusión programábamos el “campa”, mientras contábamos los días que faltaban para ir allí. Reuniones, encuentros, celebraciones, cenas, diversión, tiempo para dialogar, para compartir, y en ocasiones para discutir, ¿por qué no?.

He tenido la gran suerte de compartir con los capuchinos algunos de los momentos más significativos de mi vida, sin entrar en grandes transcendencias, pues muchos de esos instantes son de una simplicidad absoluta. Ahora dicen que los capuchinos se van de Errenteria; difícil será mientras yo siga aquí y mientras otros muchos sigan aquí. Despedirles sería intentar decir adiós a una parte de mi andadura, cosa del todo imposible, por eso prefiero cambiar la palabra despedida por la de agradecimiento, que de vez en cuando también conviene recordar. Tengo muchos motivos por los que darles las gracias, pero principalmente por la cercanía que me han mostrado siempre y por su ese-no-se-qué del que hablaba que también tiene el “campa”, y que te hace ver el mundo de otra manera, a la manera de Felipe y de Félix, a la manera de Antxon y de Joseba, a la de Ansorena, a la de Camilo, el hermano portero, a la manera de Kepa, a la de... ■